

## **JORNADAS NACIONALES DE INVESTIGACIÓN**

### **Elogio de la retórica; una cuestión de método**

María Celia Vázquez

Durante el período 2005-2007, en el marco del PGI “El hecho peronista y la cultura nacional en un horizonte de debates; ensayo, retórica, campo intelectual” desarrollamos una línea de investigación centrada en los debates culturales en torno al peronismo, que tuvieron lugar en la Argentina a partir del golpe de Estado de 1955. Anhelamos recomponer la trama discursiva conformada por los ensayos políticos de Mario Amadeo, Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui, Ezequiel Martínez Estrada, Ernesto Sábato y los escritores reunidos alrededor de la revista *Sur*, entre otros. Partimos de la hipótesis de que durante la discusión posperonista sostenida durante los años 1955-1960, la retórica política cobró poder de contestación, los intelectuales y ensayistas protagonizaron movimientos en la esfera pública y el pensamiento crítico adquirió fuerte poder de articulación con la experiencia social. Desde estas premisas generales, nos propusimos interrogar la práctica ensayística concebida como modo de intervención cultural y política en íntima relación con la repercusión pública alcanzada por tales discusiones y polémicas, y analizar las diversas figuras sociales de intelectual que se proyectan simultáneamente en los textos e intervenciones. Ambos objetos de análisis nos condujeron hacia la retórica como propuesta y salida metodológica, ya que tanto el estudio de las estrategias argumentativas aplicadas en la retórica agónica que alienta la discusión como la reconstrucción de las imágenes de autorrepresentación requieren de una perspectiva analítica en términos discursivos y *sub specie retórica*. Más concretamente nos centramos en el análisis de los ensayos definidos en su condición genérica como panfletos siguiendo los sólidos fundamentos teóricos elaborados por Marc Angenot (1982) acerca del género panfletario y su importancia en la retórica política de la modernidad occidental<sup>1</sup>. Aun cuando sea de extrema utilidad para una investigación de este tipo, que aborda debates culturales y políticos como objetos críticos, la adopción de la retórica como perspectiva de análisis nos impuso desde el comienzo ciertas cautelas metodológicas tendientes a no soslayar la dimensión histórico-social inherente a las intervenciones culturales. En consecuencia, desde los inicios de la investigación intentamos evitar el riesgo de reducir el desarrollo del debate a “una lucha de papel” mediante la reconstrucción del contexto histórico y

cultural del período. Entonces sin descuidar esta dimensión del análisis, desarrollamos la lectura crítica de la tradición ensayística en la que se inscribe el debate poniendo foco en la concepción del ensayo como una práctica discursiva que se caracteriza por la convicción de que la escritura es un campo de batalla, cuyo estilo evoca y convoca la pasión sin escindir conocimiento y expresión. En estrecha correlación con esta concepción del ensayo, indagamos los procesos de construcción de la figura del ensayista que se proyecta como “un hombre político”, es decir, como intérprete de la polis, cualquiera sea el tema que trate, según la definición de Eduardo Grüner (1996).

A punto de concluir la investigación y en la fase de elaboración de las conclusiones finales, me encuentro en condiciones de afirmar a la retórica como método apropiado para el examen del debate cultural en torno al peronismo, así como de evaluar sus alcances y limitaciones. En esta ocasión, por una cuestión de tiempo, me limitaré a hacer algunas consideraciones sobre el método en general a la luz de los alcances logrados mediante el análisis (la identificación y posterior interpretación) de los recursos empleados en los procesos de figuración del intelectual.

Para empezar, a mi juicio, como ya anticipé, la retórica aporta una perspectiva metodológica adecuada para analizar el corpus ensayístico que discute peronismo, un tipo de textos que pertenece a la clase discursiva doxológica, a la que Angenot estudia bajo el denominador común de “literatura de ideas”, cuya característica principal es el predominio de la perspectiva personal y subjetiva del autor sobre la materia tratada. En principio recordemos que la retórica permite estudiar, en el plano de la enunciación, la construcción del enunciador y del destinatario, entendidos como imágenes construidas por el discurso, a través de la identificación de las diversas estrategias, y que además permite identificar el repertorio de los lugares (topoi) de la argumentación. Una de las principales dificultades con las que tropieza el investigador consiste en la identificación de la posición que *efectivamente* adopta el ensayista tanto en la coyuntura del debate como en el horizonte político del período. Como sabemos, la posición es un término relacional que, por ende, se define en términos de la relación que establece con el conjunto que constituye el universo de discurso. Según nuestra experiencia, la retórica aporta una valiosa contribución para el reconocimiento de las diversas posiciones que efectivamente ocupan los ensayistas, por ejemplo, mediante el análisis de los argumentos esgrimidos y las estrategias relativas a la construcción de la imagen propia y del adversario, y a partir de una visión de conjunto del corpus hemos identificado líneas de continuidad (no de ruptura como era de suponer) en el desarrollo argumental.

No me refiero tanto a la existencia de un repertorio de temas en común como a la adjudicación de un lugar preeminente a la dimensión ética en el proceso de construcción de la imagen propia y la del adversario, un recurso compartido por el conjunto de los ensayistas más allá de las diferencias políticas e ideológicas proclamadas y frecuentemente proferidas en el curso del debate. Precisamente la constatación de esta recurrencia nos advierte acerca de la postulación de la yuxtaposición (por no decir imposición) de la dimensión moral sobre la política como uno de los rasgos característicos y distintivos de las intervenciones del debate en su conjunto, sin dudas, una de las conclusiones más interesantes de la investigación. En este sentido, podríamos decir que la discusión en torno al peronismo se revela como una discusión moral antes que política, o si se prefiere una afirmación más moderada, como una discusión en la que el tema moral es tan relevante como el político.

Como ya advertí, mientras los criterios ideológicos y valorativos marcan irreconciliables diferencias entre las posiciones antagónicas, el recurso, por parte de los ensayistas, a argumentos morales tanto para autolegitimarse como para deslegitimar al adversario señala una línea de continuidad que aglutina el conjunto de las intervenciones que conforman el debate. Revisemos un ejemplo, en *Imperialismo y cultura* cuando Juan José Hernández Arregui en nombre de la cultura nacional y popular que, según su perspectiva, reclama la coyuntura política abierta por la experiencia peronista en la Argentina denuncia y ataca el imperialismo de la *intelligentsia*, en general, y del grupo Sur, en particular, parte de la dicotomía europeísmo/cultura nacional según un esquema valorativo que asigna al primer término una valencia negativa y al segundo, positiva. Por el contrario, en los ensayos en los que Jorge Luis Borges o Victoria Ocampo defienden el cosmopolitismo cultural puede leerse la misma dicotomía -aunque siempre de manera sugerida- pero con las valencias invertidas. Sin embargo, estas nítidas diferencias axiológicas desaparecen cuando se estudian las estrategias retóricas tendientes a la construcción de la imagen ética del enunciador ya que en todos los casos se recurre a la dimensión moral para descalificar al adversario y para autolegitimarse. En relación con este punto, resulta más que ilustrativo el examen comparativo de las estrategias retóricas utilizadas por Juan José Hernández Arregui en el panfleto arriba mencionado y por Victoria Ocampo en los ensayos publicados en el número que la revista Sur dedica a la Reconstrucción Nacional después de la Revolución Libertadora.

Como conclusión del análisis de las diversas figuras de intelectual, el peronista y la liberal-cristiana, que en un contexto de extrema beligerancia, como es el del debate en torno del peronismo después de su caída, encarnan respectivamente Juan José Hernández Arregui y Victoria Ocampo, rescatamos algunas peculiaridades interesantes. En relación al proceso de autofiguración, se destaca la preocupación, común en ambos ensayistas, por afirmar la autoridad moral a través de la demostración de las diversas *aretés*. Los dos optan por construirse como personajes éticos a través de la exhibición de diversas virtudes morales como recurso para mostrar que son personas dignas de confianza y con prestigio moral. Pero mientras Hernández Arregui convalida a través de la dimensión moral su condición de militante (peronista), Ocampo se legitima como una “cristiana apolítica” que defiende la dignidad humana en general, a través de la condena de la tortura o de la defensa de la libertad. En este sentido, en los ensayos sobre el peronismo practica el mismo tipo de intervención política que ante las controversias en torno de la Guerra Civil española. Pensemos, por ejemplo, en la contestación que le da al duro reproche de José Bergamín por la hospitalidad ofrecida a Gregorio Marañón, en la que visiblemente contiene el enojo que tales palabras injustas le provocan, apelando a la comprensión cristiana (“Comprendo su carta, señor Bergamín”). Para su interpelación, además, escoge el “catolicismo”, entre las virtudes de este circunstancial adversario. Por su parte, en el Prefacio de la primera edición, Hernández Arregui se autoproclama “un intelectual con conciencia nacional” que en momentos de crisis como aquellos en los que escribe el libro es capaz de enunciar verdades como puños. Las fuentes de legitimación de su discurso son básicamente dos: la adhesión a las masas (peronistas) --se define inmerso en la lucha nacional y no del lado de la “contrarrevolución”, como sus adversarios, representantes de la élite intelectual, aglutinada en torno al grupo que lidera la revista *Sur*--, y la consecuente perspectiva de futuro que adquiere por estar junto a “las potencias colectivas que contienen en el seno el porvenir argentino” (Hernández Arregui, 1973 [1957]: 20). Entre otros factores, el efecto de veracidad de su discurso contribuye a generar una imagen de sí monolítica: desde el prólogo se exhibe como alguien que no duda, seguro, capaz de asumir una posición clara y definida, a diferencia de los intelectuales que adoptaron “una posición equívoca, orientada en varias direcciones posibles” (Hernández Arregui, 1973 [1957]: 35). Por el contrario, la suya no deja lugar a dudas ni sospechas porque él habla en nombre del pueblo y del porvenir. En definitiva, con una confianza ciega en la infalibilidad de su pronóstico acerca de un futuro de liberación nacional, Hernández

Arregui hace coincidir el lugar de enunciación con la verdad histórica, y desde ahí se lanza contra el mundo de la impostura en el que se mueven y trafican sus adversarios, contra los que escribe el panfleto.

Por otra parte, la alusión a la tortura en general, y más específicamente, al hecho de haber sido “testigos” de este delito en la cárcel, son los dos elementos que tienen en común los relatos de Victoria Ocampo y Hernández Arregui. En ambos casos, la condición de testigo funciona como una fuente de legitimidad moral para realizar las denuncias y condenas que cada uno, por su parte, efectúa. El peronista alude a la impresión que esta experiencia atroz le produce, al igual que Victoria, pero a diferencia de ella, que abunda en detalles y precisiones, él la refiere en una sola frase, la que no por sintética carece de contundencia: “Asistí a las torturas de esos hombres humildes, incluso a los brutales castigos a los que fue sometida una joven mujer. Esas cosas no se olvidan” (Hernández Arregui, 1973 [1957]:I).

A través de estos textos se revela que la discusión en torno del peronismo es prioritariamente una pulseada hermenéutica, una pelea por ver quién de los actores y cuál de las distintas posiciones logra afirmarse como portador de “la verdad”, es por esto que ambos ensayistas presumen hablar en su nombre, y a pesar de que cada uno lo hace desde una perspectiva particular, en los dos casos, adquiere el valor de “absoluta”. En efecto, la verdad que invoca Victoria Ocampo cuando hace el llamamiento a los otros escritores e intelectuales argentinos a colaborar en el proceso de reconstrucción de la Argentina después de la caída del peronismo, es diametralmente opuesta a la que revela Hernández Arregui desde su condición de escritor con “conciencia nacional”. Mientras ella apela de manera constante a valores espirituales y humanitarios, que podríamos llamar humanistas, vinculados a la doctrina católica y cristiana en general, él recurre al antiimperialismo, al pensamiento nacional y al marxismo.

No ignoramos que aproximar a Victoria Ocampo con Hernández Arregui- aunque sólo sea a partir de una similitud retórica- puede resultar una provocación. Tampoco ignoramos que las posiciones que ambos ensayistas ocuparon en la escena política y cultural efectivamente fueron antagónicas e irreconciliables. Sin embargo, nos resultó estimulante comprobar que -más allá de las tajantes oposiciones que se definen a través de sus trayectorias- existen matices y rasgos menos evidentes, más sutiles que aluden a la inevitable complejidad inherente a los procesos ideológicos y culturales. Confiamos en que la posibilidad de ir desentrañando estas sutilezas con el tiempo nos devolverá una versión menos dogmática de los conflictos que han sacudido la historia

cultural de nuestro país. En este sentido, quiero subrayar, elogiar la contribución que aportó la retórica como recurso metodológico en la medida en que nos permitió leer, es decir, interpretar los ensayos políticos más allá de nuestras propias preferencias y posiciones ideológicas porque, en el caso particular de enunciados políticos como los analizados en el marco de la investigación, la retórica actúa como una instancia mediadora entre la perspectiva del crítico y el objeto crítico, permitiendo situar el análisis de la dimensión ideológica en el dominio lingüístico, es decir, en un campo concreto y material, identificable en el plano de la enunciación. De este modo, la lectura logra conjurar el fantasma del carácter subjetivo de las evaluaciones e interpretaciones, pero claro, sin olvidar que la objetividad absoluta no es sino una ilusión .

### **Referencias bibliográficas**

Angenot, Marc (1982) *Le parole pamphlétaire*. Paris: Payot.

Grüner, Eduardo (1996) *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Rosario: Homo Sapiens.

Hernández Arregui, Juan José (1973) *Imperialismo y cultura*. Buenos Aires: Plus Ultra.  
[1957]

López Eire, Antonio(1996) *Esencia y objeto de la retórica*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Neiburg, Federico (1988) *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Ocampo, Victoria (1955) “La hora de la verdad” y “El hombre del látigo”, en *Sur* n° 237, nov-dic.

Perelman, Ch y Olbrechts-Tyteca, L (1989)*Tratado de la argumentación*. Traducción española de Julia Sevilla Muñoz. Madrid: Gredos.

---

<sup>i</sup> Según Marc Angenot (1982), el panfleto integra el corpus de la literatura de combate, junto a la polémica y la sátira. Entre sus características principales se destacan: la interpolación del discurso del adversario en la trama argumentativa, la coexistencia de la demostración de la tesis propia y la refutación o descalificación de la del oponente, la ambigüedad esencial derivada de la búsqueda de la verdad, o al menos de lo opinable, pero con una presencia fuerte y explícita del enunciador en el enunciado, lo que determina una participación mayor del *páthos*, una intensidad afectiva en los argumentos (en el panfleto, la voluntad de demostración no está exenta de elementos de indignación y burla, entre otros). En síntesis, el panfleto es a la vez un discurso dialéctico (persuasivo, demostrativo) y patético, en el que coexisten la argumentación y la agresión o la injuria, la persuasión y la intimidación; esta alternancia del *páthos* con la demostración está motivada en el hecho de que el panfletista, en lugar de rechazar el sentimiento visceral que lo acosa, se vanagloria de él.